LIBROdot.com

Sigmund Freud

V CHARCOT (*)

1893

EL fallecimiento de J. M. Charcot, que el 16 de agosto del presente año (1893) sucumbía a una muerte rápida y sin sufrimientos, después de una vida feliz y gloriosa, ha privado prematuramente a la joven ciencia neurológica de su máximo impulsor; a los neurólogos, de su maestro, y a Francia, de una de sus más preeminentes figuras. Recién cumplidos los sesenta y ocho años, sus energías físicas y su juventud espiritual parecían asegurarle, en armonía con su deseo, francamente manifestado, aquella longevidad de la que han gozado no pocos de los grandes intelectuales de este siglo. Los nueve nutridos volúmenes de sus «Obras completas» -en los cuales han reunido sus discípulos sus aportaciones a la Medicina y la Neuropatología-, las Leçons du mardi, las Memorias anuales de su clínica de la Salpêtrière, etc.; todas estas publicaciones, que continuarán siendo caras a la Ciencia y a sus discípulos, no pueden compensarnos la pérdida del hombre que aún hubiera podido ofrecernos tantas enseñanzas, y a cuya persona o cuyos libros nadie se acercó que no aprendiera.

Manifestaba Charcot una naturalísima satisfacción por sus éxitos, y gustaba de hablar sobre sus comienzos y sobre el camino recorrido. Su curiosidad científica quedó tempranamente orientada hacia el rico material que ofrecían los fenómenos neuropatológicos, inexplorados por entonces. Cuando en calidad de interno del Hospital, y muy joven aún, visitaba con el médico propietario alguna de las salas de la Salpêtrière, observando los intrincados cuadros sintomáticos -parálisis, contracturas, convulsiones, etc.-, para los cuales no se halló por más de cuarenta años nombre ni comprensión algunos, solía decir: «Faudrait y retourner et y rester», y supo cumplir su palabra. Nombrado médecin des hopitaux, gestionó enseguida ser destinado a una de aquellas salas de la Salpêtrière dedicadas a las enfermedades nerviosas, y conseguido su deseo, permaneció en dicho puesto, sin hacer jamás uso del derecho concedido a los médicos de su clase de cambiar por riguroso turno, de hospital y de sala, y con ello de especialidad.

Así, pues, sus primeras impresiones profesionales, y el propósito que las mismas hicieron surgir, fueron decisivas para su desarrollo científico ulterior. El hecho de tener a su alcance en la Salpêtrière un amplio material de enfermas nerviosas crónicas le permitió emplear a fondo sus particulares dotes. No era Charcot un pensador, sino una naturaleza de dotes artísticas, o, como él mismo decía, un «visual». Sobre su método de trabajo nos comunicó un día lo que sigue: Acostumbraba considerar detenidamente una y otra vez aquello que no le era conocido y robustecer así, día por día, su impresión sobre ello hasta un momento en el cual llegaba de súbito a su comprensión. Ante su visión espiritual se ordenaba entonces el caos, fingido por el constante retorno de los mismos síntomas,

surgiendo los nuevos cuadros patológicos, caracterizados por el continuo enlace de ciertos grupos de síndromes. Haciendo resaltar, por medio de cierta esquematización, los casos complejos y extremos, o sea los «tipos», pasaba luego de éstos a la larga serie de los casos mitigados; esto es, de las formes frustrées, que, teniendo su punto inicial en uno cualquiera de los signos característicos del tipo, se extendían hasta lo indeterminado. Charcot decía de esta labor mental, en la que no había quien le igualase, que era «hacer nosografía», y se mostraba orgulloso de ella. Muchas veces le hemos oído afirmar que la mayor satisfacción de que un hombre podía gozar era ver algo nuevo; esto es, reconocerlo como tal, y en observaciones constantemente repetidas, volvía sobre la dificultad y el merecimiento de una tal «visión», preguntándose a qué podía obedecer que los médicos no vieran nunca sino aquello que habían aprendido a ver, y haciendo resaltar la singularidad de que fuera posible ver de repente cosas nuevas -estados patológicos nuevos- que, sin embargo, eran probablemente tan antiguas como la Humanidad misma. Así, él mismo se sentía obligado a confesar que veía ahora en sus enfermas cosas que le habían pasado inadvertidas durante treinta años. Todos los médicos tienen perfecta consciencia de la riqueza de formas que la Neuropatología debe a Charcot y de la precisión y seguridad que el diagnóstico ha adquirido merced a sus observaciones. A los discípulos que pasaban con él la visita a través de las salas de la Salpêtrière, museo de hechos clínicos cuyos nombres y peculiaridades habían sido hallados por él en su mayor parte, les recordaba a Cuvier, el gran conocedor y descriptor del mundo zoológico, al cual nos muestra su estatua del Jardín des Plantes rodeado de multitud de figuras animales, o los hacía pensar en el mito de Adán, que debió de gozar con máxima intensidad de aquel placer intelectual, tan ensalzado por Charcot, cuando Dios le confió la labor de diferenciar y dar un nombre a todos los seres del Paraíso.

Charcot no se fatigaba nunca de defender los derechos de la labor puramente clínica, consistente en ver y ordenar, contra la intervención de la medicina teórica. En una ocasión nos reunimos en su visita unos cuantos médicos y estudiantes extranjeros, penetrados de respeto a la fisiología «oficial» alemana, que acabamos por irritarle levemente, discutiendo sus novedades clínicas. «Eso no puede ser -observó uno de nosotros-, pues contradice la teoría de Young-Helmholtz.» Charcot no respondió como hubiera sido de esperar: «Tanto peor para la teoría. Los hechos clínicos tienen primacía.» Pero pronunció una frase que nos impresionó intensamente: «La théorie c'est bon, mais ça n'empêche pas d'exister.»

Durante largos años desempeñó Charcot en París la cátedra de Anatomía patológica; pero lo que le dio rápida fama, incluso en el extranjero, fueron sus conferencias y trabajos sobre Neuropatología; labor espontánea, que llevaba a cabo al margen de sus ocupaciones oficiales. Sin embargo, para la Neuropatología fue una fortuna esta dualidad, por la cual el mismo hombre de ciencia creaba, mediante la observación clínica, los cuadros patológicos, y demostraba luego en el tipo y en la forme frustrée la existencia de igual modificación anatómica como base de la enfermedad. Los resultados positivos, fruto de este método anatómico-clínico de Charcot, en el campo de las enfermedades nerviosas orgánicas, de las tabes, la esclerosis múltiple, la esclerosis lateral amiotrófica, etcétera, son generalmente conocidos. Con frecuencia se precisaban largos años de paciente espera hasta descubrir en estas afecciones crónicas la modificación orgánica, y sólo en un hospital de las condiciones y características de la Salpêtrière podía observarse y conservar a las enfermas a través de tanto tiempo. Sin embargo, y por una singular casualidad, Charcot realizó la primera

demostración de este género antes de su entrada en la Salpêtrière. El azar llevó a su casa, en sus tiempos de estudiante, a una criada que padecía de singular temblor, y cuya consiguiente falta de seguridad en el manejo de los utensilios domésticos le dificultaba encontrar colocación. Charcot reconoció en su estado la paralysie choreiforme, descrita ya por Duchenne, pero de la que no se sabía el origen, y conservó a su servicio a la interesante criada, no obstante representar una pequeña fortuna los platos, tazas y copas que rompía, hasta que la muerte le permitió comprobar que la paralysie choreiforme era la expresión clínica de la esclerosis cerebro-espinal múltiple.

La Anatomía patológica presta a la Neurología un doble auxilio. A más de descubrir las alteraciones patológicas, fija su localización, y todos sabemos que en los dos últimos decenios ha sido este último tema uno de los que más interés han suscitado, realizándose en él grandes progresos. Charcot colaboró grandemente a esta labor, aunque no se deban a él los descubrimientos más importantes. Al principio siguió las huellas de nuestro compatriota Tuerck, cuyas investigaciones no hallaron ambiente muy favorable entre nosotros, y que luego, al surgir las dos grandes novedades, iniciadoras de una nueva época para nuestro conocimiento, de la «localización de las enfermedades nerviosas» -los experimentos de Hitzig-Frisch y los descubrimientos de Flechsig-, realizó con sus conferencias una meritísima labor, encaminada a conciliar con la clínica las nuevas teorías. Por lo que especialmente respecta a la realización del sistema muscular con la zona motora cerebral, recuerdo cuán largo tiempo permanecieron indecisas la naturaleza y la tópica de esta relación (representación común de ambas extremidades de los mismos lugares, representación de la extremidad superior en la circunvolución central anterior y de la inferior en la posterior, o sea ordenación vertical), hasta que continuadas observaciones clínicas y experimentos de estímulo y extirpación, realizados en sujetos vivos con ocasión de intervenciones quirúrgicas, decidieron la cuestión a favor de Charcot y Pitres, según los cuales el tercio medio de las circunvoluciones centrales integraba el centro correspondiente a las extremidades superiores, y el tercio superior, el de las inferiores, existiendo, por tanto, una ordenación horizontal de la región motora.

No sería posible demostrar por medio de una enumeración detallada la importancia de Charcot para la Neuropatología, pues en los dos últimos decenios no ha habido muchos temas de alguna significación en cuyo planteamiento y discusión no haya participado ampliamente la «escuela de la Salpêtrière», la cual era, claro está, Charcot mismo, que con su amplia experiencia, la luminosa claridad de su exposición y la plástica de: sus descripciones, se transparentaba siempre en las obras de sus discípulos. Entre los médicos y estudiantes que Charcot atrajo a sí e hizo partícipes de sus investigaciones, hubo varios que se elevaron hasta la consciencia de su individualidad y adquirieron renombre personal, llegando algunos de ellos a emitir juicios que el maestro consideró más ingeniosos que exactos y combatió, no sin cierto sarcasmo, en sus conversaciones y conferencias, pero sin que jamás se alterasen por ello sus afectuosas relaciones con los criticados. Deja, en efecto, Charcot tras de sí una legión de discípulos cuya calidad intelectual, de la que muchos han dado ya afortunadas pruebas, garantiza que la Neuropatología no descenderá tan pronto en París del nivel al que Charcot la ha hecho elevarse.

En Viena hemos tenido ya repetidas ocasiones de comprobar que la importancia intelectual de un profesor académico nos trae consigo necesariamente aquel influjo sobre

las jóvenes generaciones que se exterioriza en la creación de una escuela importante y numerosa. Si Charcot fue mucho más feliz a este respecto, hemos de atribuirlo a sus cualidades personales, al intenso atractivo de su figura y de su palabra, a la amable franqueza que caracterizaba su conducta para con todos en cuanto el trato había traspasado su primer estadio de desconocimiento mutuo, a la afabilidad con que ponía a disposición de sus discípulos todo cuanto éstos precisaban y a la fiel amistad que supo conservarles toda su vida. Las horas que pasaba en su clínica, dedicado a la observación de los enfermos, eran horas de cordial intercambio de ideas con todo su estado mayor médico. Jamás se aisló en estas ocasiones. El más joven y menos significado de los internos encontraba siempre ocasión de verle trabajar, y de esta misma libertad gozaban también los extranjeros, que en épocas ulteriores no faltaban nunca en su visita. Por último, cuando la señora de Charcot, secundada por su hija, muchacha inteligentísima y de gran semejanza física y espiritual con su padre, abría las puertas de su hospitalario hogar a una escogida sociedad los invitados hallaban siempre en torno del maestro, y como formando parte de su familia, a sus discípulos y auxiliares.

Los años 1882 y 1883 trajeron consigo la estructuración definitiva de la vida de Charcot y de su labor científica. Francia reconoció en él una gloria nacional, y el Gobierno, a la cabeza del cual se hallaba Gambetta, antiguo amigo de Charcot, creó para éste una cátedra de Neuropatología en la Facultad de Medicina, a la cual se transfirió Charcot, dejando la de Anatomía patológica y una clínica, auxiliada por diversos institutos científicos, en la Salpêtrière. «Le service de monsieur Charcot» comprendió entonces, a más de las antiguas salas para enfermas crónicas, varias salas clínicas, en las que fueron admitidos también hombres; una gigantesca ambulancia, la consultation externe, un laboratorio histológico, un museo, una sala de electroterapia, otra para enfermos de los ojos y de los oídos y un estudio fotográfico propio; instituciones que permitían ligar duraderamente y en puestos fijos en la clínica a los auxiliares y discípulos de Charcot. El vetusto edificio, de dos pisos, con sus patios circundantes, nos recordaba singularmente nuestro Hospital General de Viena; pero aquí cesaban las analogías. «Nuestro local no es ciertamente muy bonito -decía Charcot a los visitantes-, pero encontramos en él sitio para todo.»

Charcot se hallaba en el cenit de su vida cuando el Gobierno francés puso a su disposición todos estos medios de enseñanza e investigación. Era un trabajador infatigable; a mi juicio, el más aplicado siempre de toda la escuela. Su consulta privada, a la que acudían enfermos de todos los países no le hizo descuidar ni un momento sus actividades pedagógicas e investigadoras. El extraordinario número de enfermos que a él afluía no se dirigía tan sólo al famoso investigador, sino igualmente al gran médico y filántropo, que siempre sabía hallar algo beneficioso para el enfermo, adivinando cuando el estado de la Ciencia no le permitía saber. Se le ha reprochado repetidamente su terapia, que, por su riqueza de prescripciones, tenía que repugnar a una consciencia racionalista. Pero ha de tenerse en cuenta que no hacía sino seguir los métodos usados en su tiempo y esfera de acción, aunque sin abrigar grandes ilusiones sobre su eficacia. Por lo demás, su actitud con respecto a la terapia no era nada pesimista, y nunca se negó a ensayar en su clínica nuevos métodos curativos. Como pedagogo, Charcot era extraordinario; cada una de sus conferencias constituía una pequeña obra de arte de tan acabada forma y exposición tan penetrante, que era imposible olvidarlas. Rara vez presentaba en sus lecciones un solo

enfermo. Por lo general, hacía concurrir a toda una serie de ellos, comparándolos entre sí. El aula en que desarrollaba sus conferencias se hallaba ornamentada con un cuadro que representaba al «ciudadano» Pinel en el momento de quitar las ligaduras a los infelices dementes de la Salpêtrière. Este establecimiento, que tantos horrores presenció durante la Revolución, fue también el lugar donde se llevó a cabo la humanitaria rectificación médica en el cuadro representada. Charcot mismo causaba en sus conferencias una singular impresión. Su rostro, rebosante siempre de alegre animación, adquiría en estas ocasiones un severo y solemne continente bajo el gorro de terciopelo con que cubría su cabeza, y su voz bajaba de tono y sonoridad. Esta circunstancia ha movido a algunos espíritus malignos a hallar en sus conferencias cierta teatralidad. Pero los que así han hablado estaban habituados a la sencillez de las conferencias clínicas alemanas u olvidaban que Charcot sólo daba una por semana, pudiendo así prepararla con todo esmero.

Si con estas solemnes conferencias, en las que todo estaba preparado y había de desarrollarse conforme a un estudiado plan, seguía Charcot, muy probablemente, una arraigada tradición, no dejaba también de sentir la necesidad de presentar a sus oyentes un cuadro menos artificial de su actividad. Para ello se servía de la ambulancia de la clínica, cuyo servicio desempeñaba personalmente en las llamadas Leçons du mardi. En estas lecciones examinaba casos que hasta aquel momento no había sometido a observación; se exponía a todas las contingencias del examen y a todos los errores de un primer reconocimiento; se despojaba de su autoridad para confesar, cuando a ello había lugar, que no encontraba el diagnóstico correspondiente a un caso, o que se había dejado inducir a error por las apariencias, y nunca pareció más grande a sus oyentes que al esforzarse, así en disminuir, con la más franca y sincera exposición de sus procesos deductivos y de sus dudas y vacilaciones, la distancia entre el maestro y sus discípulos. La publicación de estas conferencias improvisadas ha ampliado infinitamente el círculo de sus admiradores, y nunca ha conseguido una obra de Neuropatología un tan clamoroso éxito entre el público médico.

Simultáneamente a la fundación de la clínica y al trueque de la cátedra de Anatomía patológica por la de Neuropatología, experimentaron las inclinaciones científicas de Charcot un cambio de orientación, al que debemos uno de sus más bellos trabajos. Declaró, en efecto, cerrada la teoría de las enfermedades nerviosas orgánicas y comenzó a dedicarse casi exclusivamente a la histeria, la cual quedó así constituida, de una sola vez, en foco de la atención general. Esta enfermedad, la más enigmática de todas las de los nervios, y para cuyo enjuiciamiento no habían hallado aún los médicos ningún punto de vista válido, se encontraba precisamente bajo los efectos de un descrédito que se extendía a los médicos dedicados a su estudio. Era opinión general que en la histeria todo resultaba posible y se negaba crédito a las afirmaciones de tales enfermas. El trabajo de Charcot devolvió primeramente a este tema su dignidad y dio fin a las irónicas sonrisas con las que se acogían las lamentaciones de las pacientes. Puesto que Charcot, con su gran autoridad, se había pronunciado en favor de la autenticidad y la objetividad de los fenómenos histéricos, no podía tratarse, como se creía antes, de una simulación. Así, pues, repitió Charcot, en pequeño, el acto liberador de Pinel, perpetuado en el cuadro que exornaba el aula de la Salpêtrière. Una vez rechazado el ciego temor a ser burlados por las infelices enfermas, temor que se había opuesto hasta el momento a un detenido estudio de dicha neurosis podía pensarse en cuál sería el modo más directo de llegar a la solución del problema. Un

observador ingenuo y poco perito en la materia hubiera establecido el siguiente proceso deductivo: Si encontramos a un sujeto en un estado que presenta todos los signos propios de un afecto doloroso, habremos de sospechar la existencia en dicho sujeto de un proceso psíquico, del cual serían manifestaciones perfectamente justificadas dichos fenómenos somáticos. El individuo sano podría en este caso manifestar qué impresión le atormenta. En cambio, el histérico alegaría ignorarlo, y de este modo surgiría en el acto el problema de por qué el histérico aparece dominado por un afecto cuya causa afirma ignorar. Si mantenemos entonces nuestra conclusión de que ha de existir un proceso psíquico correspondiente al efecto, dando, sin embargo, crédito a las manifestaciones del enfermo, que niega su existencia, y reunimos los múltiples indicios de los que resulta que la enferma se conduce como obediente a un motivo, investigamos la historia y circunstancias personales del paciente y hallamos en esta labor un motivo o trauma susceptible de crear los fenómenos observados, nos sentiremos inclinados a suponer que el enfermo se halla en un especial estado psíquico, en el que la coherencia lógica no enlaza ya todas las impresiones y reminiscencias, pudiendo un recuerdo exteriorizar su afecto mediante fenómenos somáticos, sin que el grupo de los demás procesos anímicos, o sea el yo sepa nada ni pueda oponerse. El recuerdo de la conocida diferencia psicológica del sueño y la vigilia mitigaría la singularidad de esta hipótesis, no pudiendo objetarse tampoco que un observador ingenuo y no especializado jamás llegaría a la hipótesis de una disociación de la consciencia como solución del enigma de la histeria. En realidad la Edad Media escogió ya esta solución al admitir como causa de los fenómenos histéricos la posesión por el demonio. Todo se reduce, pues, a sustituir la terminología religiosa de aquella oscura y supersticiosa época por la científica de los tiempos presentes.

Charcot no siguió este camino para llegar a una explicación de la histeria, aunque sí acudió al rico material de datos contenidos en los procesos por hechicería y posesión satánica, para demostrar que los fenómenos de las neurosis habían sido los mismos en todos los tiempos. Considerando la histeria como uno de los temas de la Neuropatología, dio la descripción completa de sus fenómenos, demostró que los mismos seguían determinadas leyes y normas y enseñó a conocer los síntomas que permitían diagnosticar la histeria. A él y a sus discípulos debemos concienzudas investigaciones sobre las perturbaciones histéricas de la sensibilidad de la piel y de las regiones más profundas, y sobre las alteraciones de los órganos sensoriales, las peculiaridades de las contracturas y parálisis histéricas, las perturbaciones tróficas y los trastornos de la nutrición. Después de describir las diversas formas del ataque histérico, se estableció un esquema que presentaba dividida en cuatro estadios, la estructura típica del «gran» ataque histérico, y permitía referir al «tipo» el «pequeño» ataque corrientemente observado. Asimismo se hizo objeto de estudio la situación y frecuencia de las llamadas zonas histerógenas y su relación con los ataques, etc. Todos estos conocimientos sobre el fenómeno de la histeria condujeron a una serie de sorprendentes descubrimientos. Así se comprobó la histeria en sujetos masculinos, especialmente en individuos de la clase obrera, con insospechada frecuencia, y se llegó a la convicción de que determinados accidentes, atribuidos antes a la intoxicación por el alcohol o por el plomo, eran de naturaleza histérica, aprendiéndose, además, a incluir en este concepto afecciones hasta entonces aisladas e incomprendidas y a circunscribir la participación de la histeria en aquellos casos, en los que la neurosis se había aliado a otras enfermedades, formando complejos cuadros patológicos. La investigación recayó también con máxima amplitud sobre las enfermedades nerviosas consecutivas a graves traumas; esto

es, sobre las «neurosis traumáticas», cuya naturaleza se discute todavía hoy, y con respecto a las cuales defendió Charcot, con éxito, los derechos de la histeria.

Una vez que esta extensión del concepto de la histeria condujo a rechazar con gran frecuencia diagnósticos etiológicos, se hizo sentir la necesidad de penetrar en la etiología de la histeria misma. Charcot condensó esta etiología en una fórmula muy sencilla: la única causa de la histeria sería la herencia. Por tanto, no constituiría esta neurosis sino una forma de degeneración, un miembro de la famille néurotique. Todos los demás factores etiológicos no desempeñarían sino el papel de agents provocateurs.

La construcción de este gran edificio científico no se llevó a cabo sin enérgica oposición; pero era ésta la oposición estéril de la vieja generación, que no quería ver modificadas sus opiniones. En cambio, los neurólogos jóvenes, incluso los alemanes, aceptaron las teorías de Charcot, en mayor o menor medida. El mismo Charcot se hallaba totalmente seguro del triunfo de sus teorías sobre la histeria. Cuando se le objetaba que en ningún país fuera de Francia se habían observado, hasta el momento, los cuatro estadios del ataque ni la histeria masculina, etc., alegaba que también a él le habían pasado inadvertidos tales fenómenos, y repetía que la histeria era la misma en todos los tiempos y lugares. Le irritaba sobre manera oír decir que los franceses eran una nación más nerviosa que ninguna otra, siendo la histeria un vicio nacional, y tuvo una gran alegría cuando una publicación sobre «un caso de epilepsia» en un granadero alemán le permitió establecer, a distancia, el diagnóstico de histeria.

En un punto de su labor sobrepasó Charcot el nivel de su general tratamiento de la histeria y dio un pasó que le asegura para siempre el renombre del primer esclarecedor de tal enfermedad. Ocupado en el estudio de las parálisis histéricas surgidas después de traumas, se le ocurrió reproducir artificialmente estas parálisis, que antes había diferenciado minuciosamente de las orgánicas, y se sirvió para ello de pacientes histéricos, a los que transfería por medio de la hipnosis al estado de sonambulismo. De este modo consiguió demostrar, por medio de un riguroso encadenamiento deductivo, que tales parálisis eran consecuencia de representaciones dominantes en el cerebro del enfermo, en momentos de especial disposición, quedando así explicado por vez primera el mecanismo de un fenómeno histérico. A este incomparable resultado de la investigación clínica enlazaron sus estudios Janet, discípulo de Charcot; Breuer y otros, desarrollando una teoría de la neurosis coincidente con el concepto medieval de esta afección, con la única diferencia de sustituir el «demonio» por una fórmula psicológica.

El estudio llevado a cabo por Charcot de los fenómenos hipnóticos en sujetos histéricos situó en primer término este importantísimo sector de hechos hasta entonces descuidados y despreciados, dando fin, de una vez para siempre, a las dudas sobre la realidad de los fenómenos histéricos. Pero esta materia, puramente psicológica, no se adaptaba al tratamiento exclusivamente nosográfico que encontró en la escuela de la Salpêtrière. La limitación del estudio de la hipnosis a los histéricos, la diferenciación de grande y pequeña hipnosis, el establecimiento de tres estadios de la «gran hipnosis» y su caracterización por fenómenos somáticos, todo esto perdió la estimación de los contemporáneos cuando Bernheim, discípulo de Liébault, emprendió la labor de construir la teoría del hipnotismo sobre una más amplia base psicológica y hacer de la sugestión el

nódulo de la hipnosis. Sólo aquellos adversarios del hipnotismo que encubren su propia falta de experiencia en esta materia remitiéndose a las opiniones de cualquier autoridad continúan fieles a la teoría de Charcot y gustan de alegar una afirmación de sus últimos años, que niega toda significación a la hipnosis como medio terapéutico.

También habrán de experimentar en breve importantes modificaciones y correcciones las hipótesis etiológicas expuestas por Charcot en su teoría de la famille néuropathique, de las cuales hizo el maestro la base de su concepción total de las enfermedades nerviosas. Charcot exageraba tanto la herencia como causa, que no dejó espacio alguno para la adquisición de las neuropatías. No concedía a la sífilis sino un modestísimo puesto entre los agents provocateurs, ni diferenciaba suficientemente, tanto con respecto a la etiología como a los demás conceptos las afecciones nerviosas orgánicas de las neurosis. Es indudable que el progreso de nuestra ciencia, aumentando nuestros conocimientos desvalorizará parte de las enseñanzas de Charcot; pero ningún cambio de los tiempos ni de las opiniones disminuirá la fama del hombre cuya pérdida se llora hoy en Francia y fuera de ella.

Viena, agosto 1893.

«Sigmund Freud: Obras Completas», en «Freud total» 1.0 (versión electrónica)